

VI

Detúvose el coche frente al Instituto de Alfonso XII.

— Espéranos aquí — dijo Encarnación al cochero, y, cogiéndose al brazo de Tomás, echó cuesta abajo hacia un paseo de árboles que conduce a Puerta de Hierro. Dejando el camino a su izquierda, tomaron por una senda entapiada con paredes de boj e hicieron alto en un pinar.

— Aquí estamos bien — dijo ella tomando asiento en un montículo, bajo la sombra de un pino gigantesco.

Caía el sol en polvo menudísimo de oro por entre las hojas del árbol para bordar la hierba con lentejuelas diamantinas; un aire cálido prologaba la primavera esparciendo por la atmósfera el perfume de los capullos tempraneros y el bravo aroma de los pinos, por cuyos troncos bajaba la resina en lagrimones de

ámbar. Los insectos zumbaban en el aire sacudiendo sus élitros; gorjeaban los pajarillos sobre la punta de las ramas o se perseguían entre las diafanidades azules; oculto en la más prieta copa silbaba un mirlo sus quereres, supliendo las ausencia de Pan.

Únicas figuras humanas del cuadro eran Tomás y Encarnación.

—¿Podré ahora saber...?—dijo el mozo.

—Me voy lejos, muy lejos. No he querido emprender el viaje sin decirte adiós para siempre.

—¿Te vas?

—Pa no volver. ¿Qué hago yo, qué haría yo en Madrid o en cualquier otro sitio? ¿Volver a lo de antes? He procurao hacerlo; sólo que no puedo, de verda que no puedo. ¿Qué quieres? En el año que contigo viví me acostumbré a ser una mujer de mi casa. Tú me enseñaste a serlo. Al fin y a la postre te debo ese favor. ¡Ay, Tomás! —prosiguió, cogiendo las dos manos del joven—. Ha sido esto como una raíz que se me ha hincado en las entretelas del alma. Bien quise arrancarla... Más firme seguía, cuanto más tiraba yo de ella. Al día siguiente de abandonarme tú, desesperá, loca, calcúlate cómo estaría, eché por la de en medio y me fuí a León a una casa... A casa de *la Generala*.

—¡Tú!...

—¿Dónde ir? Donde iba antes de conocerte. Tú me quitaste de eso; dejándome tú, tirándome tú, ¿qué podía yo hacer? Me creí que lo pasao volvería habiéndote marchao tú. No volvió. ¡Me daba asco, mucho

asco!, ¡y vergüenza, mucha vergüenza! ¡Cuánto he llorao; cuánto he maldecío!... Figúrate que yo soñaba, cuando estábamos juntos en la casa de la calle de los Dos Amigos, que era pa en jamás; que tú y yo habíamos de andar por el mundo diquíá que la muerte dijera: «Esto se arremató.» ¿Lo pasao? Ni me acordaba de que tuve pasao. ¿Mi vida de antes? Mi vida empezaba contigo, y contigo debía concluirse... No se concluyó. Había que seguir viviendo. Como antes, ya te he dicho que lo he procurao, y que no puedo. Yo no puedo ser más que mujer buena; pero el caso está en que sin ti tampoco puedo serlo.

—Lo serás conmigo. Aun es tiempo.

—No lo es. Si lo fuera, no te hubiese buscao; no te hablaría como lo hago. No es tiempo, Tomás. Porque no lo es estamos juntos. Ahora oye. Óyeme sin interrumpirme y sin espantarte. Bien puedes ver que estoy tranquila. Unas miasas tiemblo; quizás sea la fiebre; quizás sea la felicidad de tenerte a mi lao, pa mí sola, sola, hasta que me vaya, hasta que te deje pa siempre.

—¿Irte? ¿Dónde?

—Muy lejos. Ya pueo decírtelo porque está hecho, y hecho pa que nadie puea volverlo atrás.

—Pero...

—Oye. Te he suplicao que me oigas sin interrumpirme hasta que termine de hablar—repuso Encarnación echando un brazo por el hombro del joven, aproximando su cara a la de él, acariciándole con sus ojos, metiéndole por la piel los vahos de su aliento—.

Ello era menester. Contigo había terminao; a lo otro, aun queriéndolo, no podía volver. Siendo esto así, claro estaba el camino. Quien no cabe en el mundo, se va. Eso hago, me voy.

—¿Qué dices? ¿Qué dices?

—Anoche, anoche, sabes, revolví en medio cuartillo de aguardiente tres cajas de cerillas: mezclando las cabecillas con aguardiente, hacen más de prisa su efecto. Apuré la copa de un trago, dejé pasar la noche pa que no hubiese al mal remedio; te busqué, y aquí estoy. Aquí está la Encarnación de antes, tu Encarnación, porque ahora pueo serlo, estar junto a ti, pa no separarme de ti hasta que mi vida concluya. Serán pocas horas. ¿Y qué? Pa mí valen por una eternidá.

Y rodeando con sus brazos al joven, en quien la trágica revelación había producido un estupor, un aplanamiento absolutos, le atrajo hacia ella, se enroscó a él para que ni un solo punto de su cuerpo dejara de sentir el contacto, y puso en su boca un beso repetado, quemante, mientras sus ojos se dirigían al espacio en ofrenda de gratitud.

—¡Prontol... ¡Prontol—gritó Tomás saliendo de su anonadamiento—. ¡Prontol... ¡Connigol... ¡Connigol... La Casa de Socorro está próxima. Corramos al coche. Llegaremos a escape. ¡Es Tomás, tu Tomás, quien te dice que vengas!

—Porque lo dices voy. ¡Llegarl... Siempre sería tarde. Es mejor—repetía Encarnación ya dentro del coche—; es mejor pa los dos, Tomás. Esta mujer sería

una carga pa ti, si por lástima de ella no la abandonaras y si volvieras a su lao. Te verías sujeto a mí contra tu voluntá. Contra tu voluntá. No me digas que no. En este momento te crees capaz de quererme como antes, más que antes, de pasar la vida junto a mí. Tomás, no es cariño la lástima. El cariño, cuando se va, no vuelve. El tuyo se fué. Durante unos días, acaso llegara tu cariño a mí como un muerto resucitao; los muertos, más temprano o más tarde, a su sepultura se vuelven. Más vale que yo acabe mientras el muerto resucitao esté junto a mí.

--¡Te juro...!

—No jures. Bésame.

El médico de la Casa de Socorro apeló a todos los recursos. Tras ponerlos y oír la declaración de la suicida, ordenó que la trasladasen al hospital.

Al quedar solo, encogiéndose filosóficamente los hombros y prensando el puro con sus dientes, murmuró por lo bajo: «¡Juventud!, ¡juventud!... Pobre criatura. Es un caso perdido.»

Luego de dejar a Encarnación en la sala de reconocimiento y de conseguir por influencia de un amigo, alumno interno de la casa, entrada para el día siguiente, Tomás echó Paseo del Botánico arriba, hasta esquinarlo y ganar la entrada del Retiro.

Las ideas iban y venían desordenadamente por su imaginación. Aun no había llegado para él aquella fase cerebral en que la razón, ordenando, clasificando hechos y pensamientos, analiza, contrasta y juzga. Ahora componían sus ideas un desordenado oleaje, sobre el cual flotaba Encarnación como imagen de pesadilla. Esta imagen, que al principio era vaga silueta, fué agrandándose poco a poco hasta llenar por completo el espacio, hasta convertirse en un gigantesco fantasma, por cuyos ojos, de par en par abiertos, salían llamaradas fosfóricas que dibujaban en la atmósfera interrogaciones azules.

¿A quién se dirigían aquellas interrogaciones? A él indudablemente. ¿Qué le preguntaban? ¿Le preguntaban si era justo lo que realizara abandonando a Encarnación? ¿Si no había sido infame traerla por capricho o por vanidad masculina a un honrado vivir para devolverla, una vez harto de ella, al pudridero donde la tropezó? ¿Le pedían cuenta del suicidio que contra los vidrios de una copa romanceara con jerglíficos cárdenos el fósforo?... Aun no lo sabía; aun no comprendía, aun no podía comprender las preguntas que abarcaban las interrogaciones flotantes en la atmósfera; pero las sentía llamear en su corazón, y adueñarse de su conciencia.

Vagó durante horas y horas por los rincones del Parque de Madrid. El sol meridiano no tenía fuerza para borrar las tinieblas que danzaban por su cerebro ni para desvanecer el fantasma por las tinieblas recortado. El canto de los pájaros venía a él como un coro de quejas; los paseantes se esfumaban con vaguedad de espectros; si sus pies hacían recrujir la arena, imaginaba aplastar criaturas vivas; cuando pisaba sobre losas, creía andar por encima de tumbas; al atravesar los puentecillos, temblaba con el vértigo de las grandes alturas; preciso le era agarrarse a las barandillas para no caer contra aquellos abismos minúsculos.

Rendido, se desplomó, a todo el largo de su cuerpo, contra un banco de piedra. Pensó que estaba en un sepulcro del que nunca saldría; que la muerte, haciéndole suyo, le dejaba insensible para todo do-

lor. ¡Qué hermoso aquel sueño sin despertar! ¡Qué reparadores aquella calma, aquel total y definitivo reposo! Merced a ellos, ya no tendría que sufrir.

Súbito su quietud desapareció. Una sacudida dolorosa le hizo ponerse en pie. No podía, no debía permanecer estúpido, inmóvil, inactivo, en tanto que en el hospital agonizaba Encarnación.

Con paso rápido, casi en carrera, salvó la distancia mediante entre el hospital y el Retiro.

En la portería del hospital preguntó por su amigo, el alumno interno; estaba franco de servicio y había dejado la casa después de la visita. En su busca iría Tomás. Antes quiso adquirir noticias. Registró sus bolsillos, y sacando la peseta única que había en ellos, se la entregó a un mozo, diciéndole:

— Haga usted el favor de enterarse cómo sigue una enferma, Encarnación Pérez, que entró esta mañana. Se trata de una joven que se ha envenenado con fósforos.

— Ya sé, ya sé — contestó el mozo —. Precisamente es de mi sala. Sigue lo mismo. Acabo de verla hace media hora.

— No importa; suba usted. En la media hora ha podido sobrevenir algún accidente favorable o adverso. Suba, y baje al portal con las noticias que haya.

— Allá voy.

Despacio, con gran cachaza, subió el mozo las escaleras.

Tardaba en volver. Tomás se consumía de impaciencia pateando las losas, restregándose febrilmente las

manos, clavándose en la piel las uñas, haciendo gestos de inquietud. Con paso igual al de la subida bajó el mozo las escaleras.

— Ya se lo dije antes. Lo mismo. Era inútil subir. Aunque uno no es médico, tié práctica en estas cosas. No anda la probe bien. La cara va tomándole color de tierra... Cuando lo toma es señal que la tierra llama. Quede con Dios, y mil gracias por la propina. Ya sabe, con preguntar por Juan, el de la 12, darále razón cualquiera. Don Enrique, el interno, vive cerca, calle de San Carlos, número 3. Pase usted antes por el Café de Atocha; quizás que esté allí jugando un *chafó*.

En el café estaba el interno. Sus noticias conformaron con las del mozo. Ver a la enferma era en aquel día totalmente imposible. Al día siguiente entraba el alumno de guardia. A más de la visita, autorizada por el pase, se arreglarían las cosas en forma que Tomás pudiera permanecer junto a Encarnación hasta anochecido. El caso era muy grave, pero no significaba peligro de muerte en las veinticuatro horas. Luego... Ser profeta resulta peligroso... En opinión del interno, las probabilidades funestas abundaban.

— Ánimo — dijo, estrechando fraternalmente la mano de Tomás —. Hay que sobreponerse. Estás febril. Métete en tu casa y esperemos hasta mañana. Puedes venir al café temprano; iremos al hospital antes de la visita; el médico de la sala es bueno y hará la vista gorda. ¿Quién iba a pensar un suicidio

en Encarnación? La traté antes de enredarse contigo. Francamente, capaz de matar a cualquiera si la creía yo; capaz de matarse no la hubiera creído nunca. Ha cambiado mucho esa chica.

Tomás llegó a su casa en un estado de gran excitación. Sin responder al «buenas tardes» de su madre entró en su cuarto, y tirándose contra el sofá, rompió en desgarradores sollozos.

— ¿Qué tienes? ¿Qué te ocurre? — preguntó doña Dolores asustada.

— ¿Qué tengo?... ¡Ay, madre mía! La mujer que yo abandoné, la que llamabas mala, se ha suicidado porque no quería ser mala.

— ¡Encarnación!...

— Encarnación. Y yo tengo la culpa; yo, que la arranqué de su vida, que le hice ver, disfrutar otra más honrada, y después la he abandonado brutalmente, sin más razón que mi egoísmo, que nuestro egoísmo. ¡Soy un miserable, un canalla!...

Doña Dolores, inclinando silenciosamente la cabeza ante la censura de egoísmo que sobre los dos arrojaba Tomás, procuró consolarle, calmar sus angustia, y le hizo contar punto por punto lo ocurrido.

Todo lo supo; desde el recado que enviara a su hijo Encarnación, hasta su diálogo con Tomás en el pinar de la Moncloa. Palabra por palabra iba repitiéndolo el joven el relato de Encarnación; su martirio al verse abandonada; su despecho, que la hizo arrojarse al antiguo vivir; el asco que el antiguo vivir causó en ella; su decisión de renunciar a él; su gesto

hermoso de buscar refugio en la muerte para morir en mujer buena, para no constituir una vergüenza o un estorbo en el porvenir de Tomás.

A medida que hablaba el hijo, que la figura moral de Encarnación se engrandecía, notaba doña Dolores que su odio se trocaba en piedad, que la piedad se volvía respeto, y que el respeto iba acercándose al amor.

Por el amor de su hijo sacrificaba aquella mujer la existencia. ¿Cómo no amar la madre a quien por el amor de su hijo entregaba la vida?

Ya no contemplaba a Encarnación al través del prisma que formaron sus celos y su egoísmo maternales. Tampoco la contemplaba envuelta en la atmósfera de su pasado vergonzoso. La veía purificada, engrandecida por su culto al amado, negándose a perder la honradez que puso el amado en su espíritu, llegando a la muerte por no perderla, acaso porque la puso él, por irse del mundo guardando una reliquia de él en el tuétano de sus huesos.

— ¡La pobre! ¡La pobre! — sollozaba doña Dolores —. Si yo pudiera cuidarla, atenderla, endulzar su agonía!... ¿A qué hablar de agonía? La Medicina ha adelantado mucho. Vamos, hijo, Tomás, serénate. No lo des todo por perdido. Tu amigo dice que por hoy no hay cuidado. Ganar un día es ganar mucho. Confiamos en el mañana!...

— ¡Señor, Dios mío! — exclamó, a solas en su alcoba, arrodillándose frente a un Cristo que presidía la cabecera de su cama—. ¡Señor, Dios mío y de

todos los hombres, si es que pequé, perdónamel ¡Aunque su salvación trajera para mi vejez la soledad, sálvala, Señor, sálvala!

Los tenues reflejos del alba reflejaron en los ojos abiertos de Tomás.

Se vistió presuroso y ganó el corredor de puntillas para no despertar a su madre. Estaba ya en pie; no pudo tampoco dormir.

— ¿Dónde vas tan temprano? — dijo doña Dolores —. Al menos, al lado de tu madre puedes hablar de ella o llorar sin rubores. La cita con el interno es para las ocho; aun no han dado las seis. Toma una taza de café, sin azúcar para despejar la cabeza. Sobre todo, no desesperes. Pide a Dios, como yo, que la salve. Después ya veremos. No ando tan mal de corazón. ¡Quién sabe si salvándose, y corriendo el tiempo, no se hará ella digna de todo! ¡Entonces...! ¿A qué hablar del entonces estando el ahora amargando este amanecer? Arregle Dios, puesto que a su ilimitado poder exclusivamente puede encomendarse, el ahora; el después, ya lo arreglaremos nosotros. Ve, hijo mío, ve — concluyó por decir —; estás sobre ascuas. Tendrás que esperar a tu amigo; pero tal vez el andar te haga bien y te aplaque los nervios; de casa al hospital hay buen trozo: hazlo a pie. En cuanto llegues al hospital y sepas cómo sigue, envíame recado. Toma tres duros de los cinco que me dieron anoche en la tienda por la labor de esta semana.

VIII

Tomás hubo de aguardar una hora al interno.

— No me he retrasado — dijo éste —. Las ocho en punto son. Vamos. No nos pondrán dificultades en la puerta.

Cruzaron algunos corredores, por cuyas ventanas abiertas salía el polvo que alzaban los mozos al barrer. Saludaron a una hermana de la Caridad que pasó por junto a ellos con balanceos de oca, y llegaron al pasillo que a la sala 12 conduce.

Por el fondo del pasillo venía una camilla.

— ¿Será...? — preguntó temblando Tomás.

Aún no era ella. Era el cuerpo muerto de un tífico. Por el descompuesto sudario asomaban sus carnes líriosas, su tumefacto rostro, donde relucían los labios como dos manchas de carbón. Un brazo descolgaba rígido a lo largo de la camilla. La mano de aquel brazo producía, al rozar en los ladrillos con las

uñas, un ruido semejante al que produce con su frotamiento el papel de lija.

Los camilleros pasaron en silencio, vueltas las caras hacia atrás para substraerse a las emanaciones pútridas que se desprendían del cadáver. Tomás y el interno entraron en la sala 12.

Alumbrada ésta por luz matutina, sonreía sobre el dolor. Los rayos solares penetraban los vidrios, dibujando haces luminosos en el suelo, pintando contra las paredes arabescos de lumbre, ascendiendo como reptiles áureos por los lechos de los dolientes para enroscarse a sus brazos y lamer sus caras amarfiladas por el sufrimiento o enrojecidas por la fiebre. Las hermanas de la Caridad iban y venían de unas camas en otras, desarrugando embozos, remetiéndolos colchas, ahuecando almohadas, guardando las escupideras en las mesas de noche, poniendo en orden los desarreglos consiguientes a la pereza nocturna para que al llegar «la visita» lo encontrara todo en su punto, y el médico, un gruñón que tocante a higiene era implacable, no hallara cosa a reprender.

Encarnación tenía su lecho al fondo de la sala, entre una obrera a quien la guillotina encuadernadora había partido una mano, y una vieja, lavandera del río, sobre cuyo cuerpo paludismo, años y reuma celebraron concierto para remitirlo al hospital hecho sarmentoso rebujo. El muñón de la joven se remarcaba contra el vendaje sujeto al brazo inútil. En adelante aquel brazo tal vez sirviera sólo para exhibirse implorando la pública limosna. «¡Ay, Dios mío, Dios

míol — gimoteaba la obrerita —. ¿Qué va a ser de mis hermanos chiquitines? ¡Mis padres viejos, el hermano mayor en esa guerra de los moros!... ¡No había en casa más jornal que el ganado por estas dos manos!... ¡Ahora sólo queda una!...» La vieja, recostada contra los almohadones, gruñía con gruñidos de bestia, poniendo en la pared sus ojos imbéciles, sin temblor alguno en los párpados.

Encarnación se incorporó al ver a Tomás y le aguardó con los brazos tendidos.

— Vamos, échese — dijo el interno —. Los movimientos bruscos pueden perjudicarla. El director da permiso para que estés hasta el anochecer. Pasas por alumno de Medicina que viene a estudiar los efectos del fósforo. El médico de la sala, don Sebastián, tampoco hará objeciones. Es un hombre completo. Con dejar paso a «la visita» cuando llegue a la cama, estás del otro lado. Hasta luego.

— Creí que no iba a verte. No porque no vinieras; porque lo hicieras tarde, cuando esta calentura — exclamó Encarnación — acabara de quitarme el poco juicio que me queda. Mi terquedad en verte, en oírte, ha debido tener fuerzas para conservarme la razón — añadió cogiendo entre sus manos ardorosas las del joven, que parecían mármol —. ¡Ay, Tomás, Tomás!... Ahora que quisiera vivir, no puedo vivir. Siento la muerte subir hecha llama desde las entrañas a mi boca. ¡Cómo se retuerce la llama! — siguió, ya en pleno desvarío febril —. Quiere quemarlo, consumirlo, achicharrarlo todo, todo, hasta el cariño que

tengo a mi Tomás. Llega hasta él; procura alcanzarlo... ¡No lo alcanza! Mira cómo se encoge y se achica y se extingue la llama cuando llega hasta donde está mi cariño. Abrasa todos los cachos de mi cuerpo. Con el que guarda el cariño de Tomás no se atreve. Mi cariño está aquí. ¿Lo sientes? Va y viene sin cansarse, de prisa, cada vez más de prisa; fuerte, más fuerte cada vez.

Y ponía la mano del joven sobre su corazón. Los latidos de éste alzaban el pecho de la enferma, descubriéndolo por entre las blancuras de la desabotada camisa.

A aquel borbotón de palabras siguió un silencio trágico; las manos de la suicida se engarfiaron; su corazón latió más despacio; en cambio, sus alentares se hacían más rápidos, duplicando la normalidad. Sus labios tornábanse lívidos; las pupilas desaparecían tras el párpado superior, manchándolo con una extensa sombra azul, dejando al descubierto el blanco de los ojos; teñíase el cutis de cobrizas amarilleces, semejantes a las que barnizan la piel de los coléricos. Anchas gotas de sudor frío brotaban de entre las raíces del pelo. Las manos arañaban las sábanas, mostrando, desde el arranque de las uñas hasta su parte media, un tinte violáceo que se acentuaba por segundos.

Tomás iba a pedir auxilio cuando el mozo gritó desde la puerta: «La visita.»

Un grupo de personas, a cuyo frente iba el médico de la sala, avanzó por la derecha de las camas, dete-

niéndose ante cada una de ellas, siguiendo la inspección del facultativo, escuchando las explicaciones que daba a propósito de las dolencias, de su proceso, del plan curativo, del éxito que obtendría el plan según el caso y las contingencias probables.

Llegaron junto al lecho de Encarnación. A un gesto del interno se retiró Tomás de la cama.

—Una que se las lia— dijo el médico—. Envenenamiento por fósforo. Están los síntomas tan claros, que huelga explicación. Las manchas azules en los ojos, las violáceas en las uñas, el sudor, la frecuencia respiratoria, la hipertrofia hepática, el matiz de la piel... No falta uno. Entrará en el período agónico antes de media noche. No la compadezcan — añadió —. Se va del mundo y se va joven. Mejor es que seguir en él viejo, pobre o inútil. Además, la fiebre le privará de padecer, al menos de saber que padece, hasta que llegue la agonía. La agonía es un trance dulcísimo; un período de beatífico bienestar. No ocurre ello por influjo de Dios — y perdonen las hermanitas —; Dios, caso de existir, no se ocupará en estas pequeñeces humanas; tendrá por aquellas alturas asuntos más formales. El bienestar de la agonía procede — según dicen los sabios — de que en el período agónico apenas si funciona el oxígeno. El ácido carbónico queda por rey de nuestro aparato respiratorio. Agradecido al homenaje, extiende por todo el organismo una gran somnolencia, una deleitosa languidez, bajo cuyo imperio va llegando la muerte. Llega de puntillas, coge la vida del enfermo y se la lleva sin que la víctima se

entere. A esta muchacha la volveremos a encontrar en la sala de autópsias. ¡Verán ustedes, verán ustedes qué precioso color amarillo limón tiene el hígado!

El médico continuó la visita. Tomás, vuelto de espaldas, ocultaba el rostro para que la gente no le viese llorar.

Sin que Encarnación recobrar el sentido, sin que Tomás aceptara el almuerzo a que le invitó reiteradamente el alumno, transcurrieron la mañana y la primeras horas de la tarde. El poeta, asido a las dos muñecas de Encarnación, inclinado sobre ella, seguía las oscilaciones de su pulso y el ir y venir de su aliento. Iba siendo aquél más desconcertado y más tenue; éste más frecuente y más corto. Las sombras azules de los párpados se acentuaban al igual que los morados de las uñas; el sudor era más copioso, más frío; la lividez de los labios los volvía de marfil viejo; el tono de la piel pasaba de terroso a ceniza.

Próximo el crepúsculo llegóse a la cabecera de la enferma el médico de guardia: hizo un gesto, encogió tristemente los hombros y habló en voz baja con una hermana. Ésta fué hacia la puerta, y antes de subir dijo algo al interno, que venía en busca de su amigo.

El interno, llegando al lado de Tomás, separó sus manos de las muñecas de la enferma y murmuró afectuosamente:

— Despidete; es la hora. Ya volverás mañana.

— ¡Déjame, déjame! — repuso Tomás — ; aun no murió la luz del día; tu promesa fué hasta la noche. ¡Déjame hasta la noche!, ¡deja que la vea morir!...

Un sacerdote y dos hermanas llegaron a los pies de la cama. Antes de acercarse a la moribunda el cura, preguntó a Tomás:

— ¿Es usted hermano, marido, pariente de la enferma?

— No, señor. Soy la única persona que puede endulzar su agonía.

— No siendo hermano, esposo, pariente, no puede usted continuar aquí.

— ¿Por qué no? Soy su amante. Si ella pudiera hablar, me diría que no me fuera, que no la abandonara. Como ella me lo diría, estoy dispuesto a no irme.

Casi por la fuerza, arrastrándole, suplicándole en nombre de su buena amistad, haciéndole ver el grave compromiso que un escándalo traería al interno, logró que saliera Tomás de la sala.

— Aún vivirá mañana — dijo el alumno — . Ven mañana en cuanto abran la puerta. Te aseguro que la verás.

— ¡Mañana!... ¡Cuántas horas hasta mañana! — murmuró el poeta, poniendo sus ojos en el abanico solar del crepúsculo.

Los reflejos que acompañaban la agonía del astro eran amarillo limón.

En la noche clara, bajo el fulgor de las estrellas, rondaba Tomás el edificio hospitalario, los amarillentos y desconchados murallones, salpicados con ventanales y unidos a las clínicas de San Carlos por un puente de hierro. En algunas vidrieras temblaban rayos tenues de luz. Otras recortaban negruras sobre el ocre de las paredes. Los rumores de la ciudad llegaban a la planicie inmediata a la estación del Mediodía, sordos, destimbrados, confusos. De vez en cuando el pitar de una máquina, el campanileo de un tranvía, el rodar de un coche, turbaban el cuchicheo ciudadano con sones más precisos. Al escucharlos alzaba Tomás la cabeza. Pronto la dejaba caer, y proseguía su paseo al largo de los muros. En uno de estos viajes subió los escalones que conducen hasta la puerta principal, cerrada desde antes de las nue-

ve, y puso atención a los ecos del interior. Eran tintineos de llaves, chirriamientos de cerraduras, pasos que retumbaban en las espaciosas crujías. También creyó oír el repique de una campanilla. Quizás fuera el Viático. Acaso iba a turbar con él la agonía de Encarnación, representando a un Dios todo misericordia, el cura que expulsó a Tomás de la sala a pretexto de que no era hermano, marido o pariente de la moribunda mujer. Esclavo de una nerviosa angustia, se inclinó a mirar por el agujero de la llave dibujada en la cerradura con un ziszás de lumbré. Por el portal paseaba el mozo de guardia, rechupando la colilla de un puro. El humo de éste ascendía en espirales grises, acompañadas por la voz del guardián, que canturreaba una copla gallega. La luz, cernida por los vidrios de un empolvado farolón, se descomponía tristemente en la atmósfera. Al fondo del zaguán divisó una verja pintarrajeada de negro. Tras sus barrotes vió desfilar a un cura revestido; le seguían un monaguillo en traje ritual y dos mozos empuñando blandones de lacrimosa cera: pasaron rápidos; el cura descendiendo con su mano libre la estola; el monago con la campanilla en sobre el hombro. Uno de los mozos escupió en la llama del blandón; chisporroteó aquella, y se extinguió contra la torcida. Una mancha pardusca, semejante al jirón deshecho de un luto, quedó flotando en el espacio.

Tomás retrocedió de espaldas y tomó asiento en una piedra a medio pulir de una obra en construcción próxima al hospital. Durante un cuarto de hora

se entretuvo siguiendo las oscilaciones de las luces en los vidrios del edificio.

¿Cuál sería la ventana inmediata a la cama de Encarnación? ¿Aquella que relumbraba con destellos de hoguera, tiñendo los cristales en rojo? ¿La otra por donde iba la luz débil, intermitente, como una vida que concluye?... La luz pálida se extinguió. Al verla desaparecer, al quedar el vidriaje en sombras, vino a la memoria del joven el recuerdo del muerto que entreviera durante la mañana, transportado por dos enfermeros sobre una descuidada camilla. Hasta creyó oír el ruido de las uñas del tífico arañando las losas. Un reloj dió las diez; Tomás contó las campanadas una a una, en voz alta. La voz sonó mate, sin timbre. A él mismo le hizo dudar de que fuera la suya.

Tras una gran pausa, empleada en recoger las mil y mil ideas que desde su reencuentro con Encarnación flotaban dentro de su cráneo, comenzó uno de esos monólogos en los cuales no son los labios, es el remordimiento quien va modulando las palabras, y la conciencia quien las oye: la conciencia, oyente inflexible al que no se gana con sofismas y con retóricas.

—Era indudable que la muerte de Encarnación recaía sobre Tomás. Su egoísta abandono fué rúbrica del crimen. Tomás, rechazando a la suicida luego de abrir ante los pulmones de su alma ambientes de honradez, de poner frente a sus ojos la esperanza de un sereno vivir, de una vejez noble y tranquila, la devolvió brutalmente a la infamia, la arrojó de golpe

contra el abismo que ella imaginó dejar para siempre. Faena cruel que el poeta había realizado sin sentir piedad por su víctima, inmolándola con un frunce desdeñoso de espaldas. «Ahí va el juguete humano. Lo saqué de la sombra y lo hice contemplar el sol: fué capricho; que vuelva a la sombra otra vez.» ¿No era esta acción horrible? ¿No equivalía a dar vista a un ciego y vaciarle después los ojos?

—Si al conocer a Encarnación, si al caer ésta en sus brazos, tras una noche de embriaguez, la hubiera pedido Tomás, lo que ella daba siempre, el disfrute material de su cuerpo, sus responsabilidades, fueran cuales fueran las acciones posteriores de Encarnación, resultarían nulas. Al dejarla, cuando ello ocurriera, la dejaría tal como la encontró, en su medio, en su atmósfera, pronta a buscar otro galán que satisficiera su gusto y otro necio que pagara sus gastos. Representaría en la vida de aquella mujer un episodio, más o menos interesante, pero un episodio. Al terminarse, cada cual por su lado, sin deberes, sin compromisos, sin remordimiento para ninguno de los dos.

—Tomás no había procedido así. Cuando *la Toledana*, siguiendo los usos de su desventurada estirpe, quiso partir su lecho entre el amante pagador y el amante gratuito, Tomás hizo valer su orgullo, su derecho de vanidad, a que la mujer fuera para él solo y de él tan sólo dependiese. Llegó a más: aceptó la existencia en común, bajo el mismo techo. Aceptar lo otro no era digno de un caballero. ¿Era digno de

un hombre de bien dar por lazo seguro de compañerismo amoroso lo que sólo era amor propio de señorito y egoísmo de macho en celo? ¿Por qué la engañó? ¿Por qué la dió como cierto lo que no iba a cumplir? Dejarla para siempre al amanecer de su primera noche o tomarla en entretenimiento, fuera proceder noblemente. Hacer lo que él hizo, fué proceder como un infame.

—Durante un año, como a compañera, como a esposa había tratado a Encarnación. Junto a ella vivía, junto a ella emborrionaba hojas de papel para ganar el pan o para conseguir la gloria. Ella trabajaba también para contribuir al sostenimiento de la casa común. Por orden de Tomás acabaron para ella juergas, visiteos y bailes. Su existencia se cambió totalmente. Si conservaba algunas amistades antiguas, era porque Tomás no puso empeño en evitarlas; porque, en su desdén de grande hombre presunto, no se dedicó a pulir el alma de ella. Aun sin pretender, sin intentar él directamente aquella regeneración, la joven, al sólo influjo del ambiente moral que él trajo al hogar con su persona, la fué realizando en cuanto de ella dependía; llegó una hora en que dejó de ser *la Toledana*, la moza de placer, la criatura del arroyo, para convertirse en mujer buena, en compañera honesta del hombre que vivía a su lado, en compañera del artista también. Si no razonaba, adivinaba las ambiciones, los sueños de Tomás. Si no le daba la mano para ayudarle a escalar la gloria, le seguía en el viaje; iba detrás de él silenciosa, humilde, pero confiada

y resuelta, con los ojos en admiración y la boca en sonrisa. La transformación fué completa. La larva despreciable, al contacto de aquella espiritual primavera, parió una mariposa de limpias y deslumbrantes alas que revoloteaba hecha bondad y amor sobre la frente del poeta. El poeta cogió la mariposa con sus dedos, y luego de revolverla, de manosearla a su antojo, de desprender de sus alitas el polvillo que las ayudaba a volar, la arrojó contra un estercolero.

—¿No constituía ello una iniquidad, un delito mayor que los que en presidio se purgan?

—Encarnación se creía salva, libre en la playa, del naufragio. El egoísmo, el cansancio del hombre rompía la esperanza de la mujer. «¡Vuelve a lo de antes! — gritaba el hombre incompasivamente —. Yo sigo mi camino. Torna al pudridero donde te emporcaste de larva.»

—Y tornó empujada por los rafagazos del engaño; cayó en el pudridero, pero no pudo permanecer en él. Sus alas transparentes de mariposa no querían mancharse. Valiéndose de ellas, en un supremo y último esfuerzo, emprendía el viaje hacia la muerte. Acaso para acompañar aquel postrimer aleteo volvieron a relucir sobre el cristal de la ventana hospitalaria rayos tenues de luz.

—Sostenida por el joven, Encarnación hubiera sido modelo de mujeres, santa madre quizás. El poeta la abandonó.

Ahora sollozaba el poeta en la obscuridad de la noche.

Su pensamiento, ennoblecido por el dolor, generalizaba el caso individual.

La suicida no era ya un individuo; era una concreción humana; el símbolo de toda una casta educada en ambientes de prostitución y miseria. Aquella casta se revolvía en la ignorancia, en el envilecimiento, en el crimen, por falta de apoyo, por culpa de un bárbaro egoísmo que no oxigenaba su atmósfera.

¿Lo que Tomás debió hacer con Encarnación, no debía hacerse por el cacho de humanidad que simbolizaba ella? ¿No sería el hecho particular que pesaba sobre el artista, una ruda advertencia, un señalamiento perentorio del camino a seguir?

Esta idea fué como un relámpago; se desvaneció rápida en el horizonte del dolor personal. Una sombra que transparentaron los vidrios, prolongándola espectralmente, trajo a la conciencia de Tomás la agonía de Encarnación. Tal vez ni agonía era ya. Tal vez en aquel segundo la muerte llegaba a la cabecera de la cama. Quizás fuera la de la muerte la sombra que transparentaron los vidrios. Pasó por junto a ellos; llegó a la suicida, la tocó con sus dedos de escarcha y se desvaneció en los altos de la techumbre, en los rincones donde no alcanzaba la luz. En el lecho, las manos al largo del embozo, la cabeza en escorzo, el pecho sin alientos que lo empujaran, los blancos de los ojos perdidos, engarzados como dos perlas en los párpados lapislázuli, yacería la mariposa humana con las alas rotas, estremecidas aún por la vibración de su último vuelo.

Fueron doce campanadas las que Tomás contó. Al oírlas tuvo un sacudimiento pleno y sintió ansia invencible de abandonar aquellos lugares, de buscar compañía, de unirse a alguien que le escuchara y respondiera.

Con paso rápido desembocó en la calle de Atocha, bajó la de Carretas y ganó la Puerta del Sol en busca del Café de Lisboa.

Sus amigos estuvieron hasta las doce. A esa hora, según le dijo el mozo, habían salido con dirección a la Zarzuela. No era fácil que regresaran. El baile concluía a las cuatro; a las dos se cerraba el café.

Maquinalmente, sin darse cuenta cabal de sus acciones, llegó a la Zarzuela Tomás; atravesó el vestíbulo y se halló en la sala de baile.

La luz de los focos y el griterío de la gente le sacaron de su inconsciencia. Al mirar en rededor suyo creyó que soñaba, y se restregó fuertemente los ojos.

¿Qué hacía allí? ¿Quién le había llevado allí? Allí fué donde la conoció. Sobre aquella alfombra giraron enlazados cien veces, transmitiéndose el calor de sus cuerpos, enrejando sus manos, poniendo él sus labios en los cabellos de ella, atrayéndole ella hacia sí con el afán de sentirlo más próximo. En aquel palco, el segundo a la izquierda, estaba él con «la decimera» cuando Encarnación fué en busca de la presumida rival y la hizo rodar a sus plantas, arrastrándola por el pelo.

En el *restaurant*, rodeado por mozos y mozas que apuraban el contenido de una vieja ponchera, blan-

queaba el velador donde se acercara *la Toledana*, acompañada de *la Avispa*. Allí empezaron sus amores; de allí salieron juntos para subir entre obscuridades, cambiando besos en la sombra, la escalera de la calle de los Dos Amigos.

—¡Sácame de aquí! ¡Sácame! Si no me sacas, voy a volverme loco — dijo Tomás a Nava.

Éste, primero y único amigo con quien tropezara el poeta en el baile, estaba ignorante de todo. Al saberlo le acompañó. En el rincón de una taberna permanecieron haciendo hora para ir al hospital. Cuando el mozo trajo a Nava un medio cuartillo de aguardiente, Tomás, cubriéndose la cara, rechazando el vidrio que Alejandro se aprestaba a coger, gritó con voz de espanto:

—¡Haz que se lleven eso!... ¡Aguardiente no!... ¡Me parece verla frente a mí, apurando el vaso asesino!...